



nocido á Jesucristo, sobreviviendo á su muerte y desposándose despues con la Iglesia que le es traída por Pedro y los demás apóstoles. Esta Iglesia, hecha fecunda en virtud de los méritos y de la súplica de su divino Esposo, siente luego dos gemelos, el judío y el gentil, pelearse en sus entrañas. Ella no se inquietará; cada uno quiere dominar al otro; en el seno mismo de la Iglesia, el judío quiere someter á su ley al gentil, que la rehusa; Cristo ama al primogénito, al judío; á pesar de todos sus vicios, á él es á quien reserva la bendicion; no predica más que á la casa de Israel, no sale de la Judea. La Iglesia, su esposa, ama al segundo, más pacífico y más dócil. Sabe, por otra parte, que á él es á quien Dios reserva la superioridad. Además, el primogénito desdena el derecho de su primogenitura; el judío arroja la palabra que se le dirige de preferencia; pasa luego al gentil, que ocupa el lugar del judío. Jesucristo, al fin de sus dias, suspira por no poder dar la bendicion á su pueblo primogénito. ¡Jerusalen! ¡Jerusalen! ¡Cuántas veces quise allegar tus hijos! ¡Ah! ¡Si tú conocieses al que en este dia puede procurarte la paz (1)! Entonces el pueblo gentil, engendrado por la Iglesia casi al mismo tiempo, se presenta revestido por ella con los vestidos de su primogénito, con todas las prerrogativas de la antigua ley; el Señor le adopta, le abraza, le bendice por su pueblo, que hasta entonces no lo era. El judío, despertado por la caída de su templo, por calamidades sin número, viene despues á su vez á reclamar la bendicion; pero sabe que le ha sido dada al segundo. Entonces ruge de desesperación, jura la muerte del cristianismo; la bendicion es irrevocable: el primogénito servirá al más joven, el judío servirá al cristiano, llevando á todos los lugares de la tierra los títulos auténticos de su comun origen. Al fin, sin embargo, tomará parte en la comun restauracion, y se reconciliará con su hermano.

Vamos á ver la figura de estos últimos sucesos, en los que han de seguir.

(1) Math., 23, 37. Luc., 19, 42.

Esaú aborreció siempre á Jacob por la bendicion con que su padre le habia bendecido; y dijo en su corazon: «Vendrán los dias de luto de mi padre, y mataré entonces á mi hermano Jacob.» Dieron aviso de esto á Rebeca, la que enviando á llamar á Jacob, le dijo: «Mira que Esaú tu hermano está amenazando matarte. Ahora pues, hijo mio, oye mi voz, y sin perder tiempo huye á casa de Laban, mi hermano, á Harán; y morarás con él algunos dias, hasta que se sosiegue el furor de tu hermano, y cese su indignacion, y se olvide de lo que has hecho; despues enviaré, y haré que de allí te traigan. ¿Por qué he de perder á mis dos hijos en un dia?» Ella dijo estas últimas palabras, porque, segun la ley que Dios estableció despues del diluvio, todo homicida era condenado á muerte.

Luego dijo Rebeca á Isaac: «Fastidiada estoy de vivir á causa de las hijas de Heth; si Jacob tomase mujer de linaje de las de esta tierra, no quiero vivir (1).» Isaac, pues, llamó á Jacob; le bendijo y le dió este mandato: «No tomes mujer de la casta de Canaam, mas ve y pasa á la Mesopotamia de Siria, á casa de Bathuel, padre de tu madre, y tómate de allí mujer de las hijas de Laban tu tio materno, y el Dios Omnipotente te bendiga, te haga crecer y te multiplique, para que seas caudillo de muchos pueblos, y te dé las bendiciones de Abraham, y á tu posteridad despues de tí; para que heredes la tierra de tu peregrinacion que prometió á tu abuelo.

Mas Esaú, viendo que su padre habia bendecido á Jacob y le habia enviado á Mesopotamia de Siria para que de allí tomase mujer de la familia de su madre, viendo por experiencia tambien que su padre no miraba con agrado á las hijas de Canaam, y para captarse con esto mejor su voluntad tomando una mujer de su familia, fué hácia Ismael, y además de las mujeres que ya tenia, tomó á Maheleth, hija de Ismael, hijo de Abraham, hermana de Navayoth.

(1) Gén., 27.

CAPÍTULO VIII

La vision de Jacob

En cuanto á Jacob, partió de Bersabée, y prosiguió su camino hácia Harán. Habiendo llegado á un cierto lugar, y queriendo reposar en él despues de puesto el sol, tomó una de las piedras que habia en tierra, y poniéndola por cabecera, durmió en el mismo lugar. Y vió en sueños una escala, cuyo pié estaba sobre la tierra y su remate tocaba en el cielo, y tambien ángeles de Dios que bajaban y se subian por ella; y al Señor apoyado sobre la escala, que le decia: «Yo soy el Señor Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac. La tierra en que duermes la daré á tí y á tu posteridad. Y tu posteridad será como el polvo de la tierra, y será multiplicada en Oriente y en Occidente, al Septentrion y al Mediodía; y todas las tribus de la tierra serán benditas en tí y en tu posteridad. Y yo seré tu guarda adonde quiera que vayas, y te volveré á esta tierra, y no te dejaré hasta haber cumplido todo lo que he dicho.

El que hubiera visto á Jacob durmiendo solo sobre una piedra, en un campo, en medio de la noche, le hubiera compadecido sin duda como á un desgraciado abandonado. Pero ¡cuán dichoso era en este abandono! Él dormia, mas su corazon velaba. Ningun hombre estaba con él; ¿y qué necesidad tenia de los hombres, cuando le rodeaban los ángeles? Y además de estos, Dios estaba presente, asegurándole su proteccion y revelándole en el porvenir las más grandes maravillas. ¿Qué significa, en efecto, esta escala misteriosa, partiendo de él hasta Jehová, y uniendo así la tierra al cielo? ¿No es la union de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en el que es á la vez hijo de Dios é hijo de Jacob, que en su persona recon-

cilió el cielo y la tierra, y por quien nuestros padres suben hasta Dios y las gracias de Dios descienden hasta nosotros? ¿Cristo mismo, no ha dicho que es el camino por el cual únicamente se puede ir á su Padre (1)? ¿No hizo alusion á esta vision de Jacob cuando dijo á sus apóstoles: «Vereis los cielos abiertos y los ángeles de Dios que subirán y descenderán sobre el Hijo de Dios (2)?» Comprendemos, sin embargo, el santo terror del patriarca.

Luego que Jacob despertó del sueño, dijo: «Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabia.» Lleno de pavor, dijo además: «¡Cuán imponente es este lugar! No hay aqui otra cosa sino casa de Dios y puerta del cielo.» Levantándose, pues, Jacob de mañana, tomó la piedra que se habia puesto por cabecera, la erigió como un monumento, derramando aceite sobre ella. Y llamó Betel á la ciudad que antes se llamaba Luza. Hizo además un voto, diciendo: «Si fuere Dios conmigo y me guardare en el camino, por el que yo ando, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y volviere felizmente á casa de mi padre, Jehová será mi Dios; y esta piedra que he alzado como un monumento será llamada Casa de Dios, y de todo lo que me dieres te ofreceré el diezmo (3).»

El nombre de Betel, en hebreo Bait-el, dado por Jacob á la piedra que untó con aceite y que erigió en forma de columna ó estatua antigua, significa literalmente Casa de Dios. Los autores griegos y latinos de la antigüedad pagana, sin saber por qué, dan el nombre de

(1) Joan., 16, 7.

(2) Joan., 451.

(3) Gén., 28.



Betyles ó Betules á las piedras consagradas con aceite. Es difícil no reconocer en ellas, con muchos sábios, una imitación de lo que hizo Jacob y una falsificación de su piedra misteriosa. Sólo el nombre de Betul ó Betel, que no es ni latino ni griego, sino evidentemente hebreo, nos conduce al verdadero origen (1).

Habiendo llegado al país de los hijos del Oriente, es decir, á la Mesopotamia, Jacob vió un pozo en el campo y tres rebaños de ovejas que sesteaban junto á él, porque de él daban de beber á los ganados, y la boca del pozo se tapaba con una gran piedra. Jacob dijo á los pastores: «Hermanos, ¿de dónde sois?» Ellos respondieron: «De Harán.» «¿Conoceis acaso á Labán, hijo de Nachor?» «Le conocemos.» «¿Está con salud?» «Bueno está, y hé aquí Raquel, su hija, que viene con su ganado.» Jacob replicó: «Aún falta mucho del día y no es tiempo de recoger el ganado á los apriscos; dad antes de beber á las ovejas y despues volvedlas á pacer.» «No podemos, respondieron los pastores, hasta que se junten todos los ganados y quitemos la piedra de la boca del pozo, para volverla á colocar despues segun el uso.» Aún estaban hablando, y hé aquí que Raquel venia con las ovejas de su padre, pues ella misma aparentaba el rebaño. Cuando Jacob la vió y supo que era su prima hermana, y las ovejas de su tío materno Labán, quitó la piedra con que estaba tapado el pozo. Y despues de haber abrevaado el rebaño, besó á Raquel, y alzando la voz, lloró y la declaró que era hermano de su padre é hijo de Rebeca. Ella se apresuró al punto á notificarlo á su padre, que al saber esta nueva corrió á su encuentro, le abrazó y besó, y llevó á su casa. Y cuando oyó los motivos de su viaje, respondió: «Hueso mio eres y carne mia.»

Habiendo pasado un mes, Labán dijo á Jacob: «¿Acaso porque eres mi hermano me servirás de balde? Dime qué salario recibirás.» Ahora bien: Labán tenia dos hijas, el nombre de la mayor era Lia, y la menor se llamaba Raquel; pero Lia era tierna de ojos y Raquel de rostro hermoso y de lindo semblante. Ja-

(1) Sanchoniathon, *apud Euseb. Præd. ev.*, lib. I, c. X. Damascius, *apud Phot. Biblioth.*, p. 1063. Plinio, *Nat. Hist.*, lib. XXXVII, c. IX.

cob, que amaba á esta, le dijo: «Te serviré por Raquel, tu hija menor, siete años.» Labán respondió: «Mejor es que te la de á tí que á otro hombre; quédate conmigo.» Sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años, y le parecían pocos días en fuerza del grande amor que la tenia.

Despues de esto, Jacob, que tenia entonces ochenta y cuatro años, dijo á Labán: «Dáme mi mujer, porque ya se ha cumplido mi tiempo.» Y Labán, convidando á un banquete á gran multitud de amigos, celebró las bodas. Mas por la noche hizo entrar á Lia, su hija, en la cámara de Jacob, y la dió una sierva llamada Zelfa. Jacob, pues, se acercó á ella, y cuando vino la mañana, vió que era Lia, y dijo á su suegro: «¿Qué es lo que has querido hacer? ¿No te he servido yo por Raquel? ¿Por qué me has engañado?» Labán respondió: «No es costumbre en nuestro lugar que demos antes en matrimonio á las menores. Cumple la semana de días de este casamiento, y tambien te daré á Raquel por el servicio que me has de hacer de otros siete años.» Jacob, pues, condescendió con la propuesta, y pasada la semana tomó por mujer á Raquel, á quien el padre dió á Bala por sierva. Habiendo por fin logrado las bodas deseadas, amó más á la segunda que á la primera, sirviendo en casa de Labán otros siete años.

Mas viendo el Señor que despreciaba á Lia, la hizo fecunda, quedando estéril su hermana; Lia tuvo, pues, un hijo, que llamó Ruben, ó hijo de la vision ó de la Providencia, diciendo: «El Señor vió mi abatimiento, y ahora me amará mi marido.» Tuvo ella un segundo hijo, y dijo: «Por cuanto oyó el Señor que yo era despreciada, me ha dado tambien este, y le llamó Simeon, nombre que significa *el Señor me ha oído*.»

Ella dijo al nacimiento del tercero: «Ahora tambien se unirá conmigo mi marido, porque le he parido tres hijos.» Por esto le dió el nombre de Leví, es decir, *vínculo, union*. Habiendo tenido el cuarto, exclamó: «Ahora alabaré al Señor.» Por esto le dió el nombre de Judá ó alabanza; despues cesó de parir (1).

(1) Gén., 29.



Mas Raquel, viendo que era estéril, tuvo envidia de su hermana Lia, y dijo á Jacob: «Dáme hijos, ó si no moriré.» Jacob la respondió con enojo: «¿Acaso soy yo en lugar de Dios, que te ha privado del fruto de tu vientre?» Ella le dijo entonces: «Hé aquí mi sierva Bala; tómala por esposa, á fin de que pára sobre mis rodillas y tenga yo hijos de ella.» Teniendo la nueva esposa un hijo, Raquel dijo: «El Señor me ha hecho justicia, y ha oído mi voz dándome un hijo.» Por esto le llamó Dan, que significa juzgar. Bala tuvo un segundo hijo, y Raquel dijo: «Dios me ha hecho contender con mi hermana, y he prevalecido.» Llamóle Neftalí, es decir, combate.

Viendo Lia que habia cesado de parir, dió á su marido á Zelfa su sierva, la cual, habiendo parido un hijo, Lia dijo: «En buen hora.» Y por esto le llamó Gad ó Fortuna. Zelfa dió á luz otro hijo, que hizo decir á Lia: «Esto para dicha mia; pues las mujeres me llamarán dichosa.» Por lo cual le llamó Assér ó bienaventuranza. Sin embargo, deseaba volver á ser madre, y Dios oyó sus súplicas, dando á luz el quinto hijo, y dijo: «Dios me ha dado el galardón, porque di mi sierva á mi marido, y le dió el nombre de Issacar ó Recompensa. Y habiendo tenido el sexto, ella dijo: «Dios me ha dado una buena dote; y mi marido morará esta vez conmigo, porque le he engendrado seis hijos, y por esto llamó su nombre Zabulon ó Habitación. Despues de él, tuvo una hija llamada Dina.

Dios se acordó tambien de Raquel, oyóla, é hizo la fecunda. Dió á luz un hijo, diciendo: «Quitó Dios mi oprobio.» Y le dió el nombre de José, que significa aumento, adición, diciendo: «Añádame el Señor otro hijo (1).»

Hé aquí cómo la Escritura nos describe á Jacob y á su familia. Este patriarca guarda la continencia hasta cerca de ochenta años, y no es sino á esta edad, y por orden de su padre, cuando piensa buscar una mujer. El no quiere tener más que una, como Dios no habia dado más que una á Adam, como Noé y sus hijos no habian tenido más que una cada uno. La-

(1) Gén., 30.

mech, descendiente de Cain, introdujo un uso contrario; en él era un abuso criminal, pero no habiendo Dios reclamado contra esta innovación, habiéndola tolerado por condescendencia y para la más rápida multiplicación del género humano, vino á ser un uso legítimo, hasta que el Supremo legislador ordenó otra cosa. Los patriarcas lo sabian, pero aun así, se inclinaban á la unidad primitiva. Abraham no tuvo desde luego más que una mujer; si tomó una segunda, no fué por su propia iniciativa, sino á instancia expresa de la primera. Isaac, figura más perfecta de la antigua unidad que debia volver á existir un día, nunca tuvo más que á Rebeca. Jacob, á ejemplo de su padre, no quiso tener más que á Raquel; si tomó á Lia, no fué sino por consecuencia del engaño de Labán. Y si tomó además dos mujeres de segundo rango, no fué sino á instancias de las dos primeras. El apetito desordenado no se ve en esto para nada; una numerosa posteridad, hé aquí lo que desearon las esposas del patriarca; Dios, su marido, sus hijos, hé aquí lo que ocupa toda su alma. Lo que ellas pedían á Dios en este mundo, era el afecto de su esposo y el nacimiento de un hijo. Sólo los nombres que dan á sus recién nacidos atestiguan de un modo inequívoco su amor á Dios, á su marido y á sus hijos. ¡Qué familia tan admirable! ¡Cuán diferente es la familia pagana que nos muestra la historia de Roma y de Esparta! En estas dos famosas ciudades, no es sólo el deseo de la posteridad el que une al hombre á la mujer; el padre, la madre, si ya antes de su nacimiento no habia sido muerto, ahogaban tranquilamente con sus manos al niño cuya educación engendraba su ambición ó su voluptuosidad. ¡Bendito sea para siempre Cristo, que vino á rescatar á estas débiles criaturas, no solamente de la esclavitud del demonio, sino tambien de la barbarie legal de sus padres y madres!

¡Bendito sea para siempre este Dios de misericordia, que vino á enseñar al hombre á no ser ménos humano para con sus propios hijos que el animal lo es para con sus pequeñuelos! Por la gracia del Salvador, los cristianos, á ejemplo de los patriarcas, ó guardan la conti-



nencia, ó no llegan á ser esposos más que para dar á Dios nuevos adoradores.

Volviendo á Jacob, dijo á su suegro, después del nacimiento de José: «Déjame volver á mi patria y á mi tierra. Dame mis mujeres y mis hijos, por los cuales te he servido, para que me vaya; tú sabes el celo con que te he servido.» «Hallé yo gracia en tu presencia, dijo Labán; por experiencia he conocido que por tí me ha dado Dios su bendición. Señala tú el salario que te he de dar.» Y Jacob respondió: «Tú sabes de qué manera te he servido y cuán grande ha sido tu hacienda en mis manos. Cosa corta tuviste antes que yo viniera á tí, y ahora te has hecho rico; y el Señor te ha dado mi bendición á mi entrada. Así pues, es muy justo que yo provea también á mi casa.» «¿Qué te daré yo?» insistió Labán. «Nada quiero, replicó Jacob; pero si hicieres lo que pido, volveré á apacentar y guardar tus ganados. Da vuelta á tus ganados, y pon aparte todas las ovejas pintadas y de vellón abigarrado; y todo lo que naciere manchado y pintado, tanto en las ovejas como en las cabras, será mi salario.» Este último consintió voluntariamente. Su conducta no era injusta ni generosa. Jacob le había servido catorce años por la dote de sus dos hijas; esta dote debía aprovechar, no al suegro, sino á sus hijas, que habían venido á ser esposas. Sin embargo, Labán lo considera para él solo. Dios, que él reconocía haberle bendecido á causa de su yerno, quiso reparar esta injusticia. Se apareció á Jacob, y le dijo lo que debía hacer; en consecuencia de esto, Jacob colocó, al tiempo en que las ovejas y las cabras precoces estaban en calor, unas varillas salpicadas de manchas en los canales donde iban á beber. Por la impresión de esta vista, ó más bien por la voluntad particular de Dios, sus pequeños nacieron abigarrados. De suerte, que los tardíos eran para Labán y para Jacob los precoces. Este último vino á ser por este medio extraordinariamente rico, y tuvo una multitud de hatos de ganado, de siervos, asnos y camellos (1).

Los hijos de Labán lo vieron con despecho.

(1) Gén., 30.

«Jacob ha arrebatado todo lo que es de nuestro padre, decían ellos; de los bienes de nuestro padre procedé toda su gran riqueza.» Al mismo tiempo, se apercibió Jacob que el rostro de Labán no era para con él como antes, máyormente desde cuando le dijo el Señor: «Vuélvete á la tierra de tus padres y á tu familia, y seré contigo.» Mandó á llamar á Raquel y á Lia al campo en donde apacentaba los rebaños, y las dijo: «Veo el rostro de vuestro padre que no es para conmigo como antes; mas el Dios de mi padre ha sido conmigo. Vosotras mismas sabéis que yo he servido á vuestro padre con todas mis fuerzas, y aun vuestro padre me ha engañado y me ha cambiado el salario diez veces; y con todo eso, Dios no le ha permitido que me hiciera daño. Él me ha dicho en sueños, concluyó: «He visto todo lo que te ha hecho Labán; yo soy el Dios de Betel, en donde unguiste la piedra y me hiciste un voto. Ahora pues, levántate y sal de esta tierra, volviéndote á la tierra de tu nacimiento.» Raquel y Lia respondieron: «¿A caso tenemos alguna parte en los bienes y herencia de la casa de nuestro padre? ¿Por ventura no nos ha reputado como extrañas, puesto que nos ha vendido? ¿Y no ha comido el precio de nuestra venta? Mas Dios ha tomado las riquezas de nuestro padre y nos las ha dado á nosotras y á nuestros hijos. Ahora pues, haz todo lo que Dios te ha mandado.»

Jacob hizo montar al punto sobre los camellos á sus mujeres y á sus hijos, y tomando con él todo lo que tenía, sus ganados y en general todo lo que había adquirido en Mesopotamia, se fué hácia Isaac su padre, al país de Canaan. Y Raquel hurtó los ídolos, en hebreo terafines, de su padre (1).

No se sabe precisamente lo que eran estos terafines, ni por qué motivo Raquel los hurtó. En el libro de los Jueces se habla de un tal Michas, que hizo un efód y terafines, por los cuales parece que se iba á consultar á Dios (2). El efód era el vestido sacerdotal; los terafines, á juicio de algunos, podían ser una especie de imitación de los caracteres sagrados, unidos al

(1) Gén., 30.

(2) Jud., 17, 5 y 18, 6.



pectoral del gran sacerdote de los judíos. Michol, mujer de David, para engañar á los guardias que venían á prenderle, puso en su lugar un terafin (1), por lo cual se entiende generalmente una especie de estátua que representaba al mismo David. Se dice de Josías que quitó los pitones, los adivinos, las figuras de los ídolos y todas las abominaciones é inmundicias que se veían en el país de Judá (2). Nabucodonosor, llegado á la encrucijada de dos caminos, interrogó á los terafines y consultó las entrañas para saber cuál debía tomar (3). «Los terafines han dicho cosas inútiles,» leemos en el profeta Zacarías (4). «Los hijos de Israel, dice Oseas, permanecerán muchos días sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin efód, sin terafines (5).» Se ve por estos diversos ejemplos, que los terafines pueden tomarse en varios sentidos: en una parte, por falsos oráculos; en otra, por algo bueno ó indiferente. Cuando Michol puso un terafin en lugar de David, es difícil entender que este fuera un ídolo. Cuando el profeta anuncia que los hijos de Israel permanecerán mucho tiempo sin rey, sin sacrificio, sin terafines, parece verse en esto alguna cosa más digna de ser llorada que condenada. Pero ¿cuál era esta en el fondo? Los terafines, unidos al efód, en los Jueces y en Oseas inducen á creer que era una imitación del pectoral, por medio del cual el gran sacerdote consultaba á Dios. Los terafines de Michol hacen presumir que eran una representación humana. Puede ser que los terafines de Labán fuesen las imágenes ó representaciones de sus antepasados, especie de piedras donde estaban grabados sus nombres, á los cuales la superstición haría dioses domésticos, y que se consultarían como una especie de oráculo. Labán conocía al verdadero Dios; pero en su culto mezclaba prácticas supersticiosas. Raquel le hurtó sus terafines, quizá por quitarle un objeto de idolatría; puede ser también que ella no viese en estos objetos más que el retrato ó

(1) 1 Reg., 19, 13.

(2) 4 Reg., 23, 24.

(3) Ezequiel, 21, 21.

(4) Zac., 10, 2.

(5) Oseas, 3, 4.

el recuerdo de sus abuelos. Cuando se considere de qué manera habla á Dios al nacimiento de sus hijos, no se puede ménos de suponer que ella no creía en ídolos.

Labán no se apercibió sino al tercer día que Jacob huía. Tomó consigo á sus hermanos, le persiguió durante siete días, y le alcanzó en el monte de Galaad, al otro lado del Eufrates y á la entrada de la tierra de Canaan. Tenía sin duda proyectos de venganza, pero Dios se le apareció por la noche en sueños, y le dijo: «Guárdate de hablar ásperamente algo contra Jacob, ya para seducirle, ya para ofenderle.» Al día siguiente dijo Labán á su yerno: «¿Por qué has hecho de manera que sin noticia mía te llevases mis hijas como si fueran prisioneras por espada? ¿Por qué has querido ir sin saberlo yo, y sin avisarme, para que te acompañase con alegría en medio de cánticos, panderecetes y cítaras? Tú no me has dejado abrazar ni á mis hijos ni á mis hijas; néciamente has obrado; y ahora ciertamente mi mano tiene fuerza para volverte mal por mal, pero el Dios de vuestro padre me dijo ayer: «Guárdate de hablar contra Jacob cosa alguna áspera.» Está bien: deseabas ir á los tuyos, y tenías en deseo la casa de tu padre; ¿por qué has robado mis dioses?» «El haberme marchado sin darte parte, respondió Jacob, ha sido porque temi que por fuerza me quitases tus hijas. Y tocante á que me acusas de hurto, aquel en cuyo poder hallares tus dioses, sea muerto á la vista de nuestros hermanos. Escudriña, si hay en mi poder alguna cosa que te pertenezca, y llévatela.» Diciendo esto, no sabía que Raquel había hurtado los ídolos. Habiendo entrado Labán en la tienda de Jacob, y de Lia, y de las dos siervas, no las encontró. Cuando vino á la tienda de Raquel, esta escondió apresuradamente los ídolos debajo del aparejo de un camello y sentóse encima. Labán escudriñó toda la tienda y nada encontró, y Raquel le dijo: «No se enoje mi Señor, porque no me puedo levantar delante de tí, por cuanto estoy ahora con la costumbre de las mujeres.» De esta manera quedó burlada la solicitud de Labán.

Jacob, enojado, le dijo con amargura: «¿Por qué culpa mía, y por qué pecado mío te